

COMENTARIO AL LIBRO DE MAURO BASAURE

2011. *FOUCAULT Y EL PSICOANÁLISIS. GRAMÁTICA DE UN MALENTENDIDO.*

SANTIAGO, EDITORIAL CUARTO PROPIO*

Eduardo Sabrovsky**

Parto agradeciendo a Mauro Basaure por esta invitación a participar en el lanzamiento de su libro, así como por el reconocimiento especial que me expresa en la sección “Agradecimientos” de este libro que Cuarto Propio ha tenido el acierto de re-editar en una edición revisada y ampliada.

Digo acierto porque el libro que empezamos ahora a leer, por la erudición minuciosa que despliega, particularmente respecto a Foucault, así como también por la claridad de su escritura, constituye indudablemente un aporte muy valioso al debate intelectual, aquí en nuestro medio y también en otros medios académicos, particularmente exigentes, como el francés o el alemán, tal como lo acredita la recepción que han tenido los trabajos de Mauro sobre el “malentendido” Freud/Foucault.

Foucault y el psicoanálisis: gramática de un malentendido es, en efecto, el título del libro que nos ocupa hoy. Un malentendido que, por cierto, resultaría de interés disipar. Y que consistiría, básicamente, en que, en tanto los seguidores de Freud, sea contra Foucault o, a la inversa, intentando tender puentes hacia su pensamiento, habrían tendido a profundizar en la cuestión de la verdad del psicoanálisis –verdad que, en su núcleo, residiría en la cuestión del complejo de Edipo– el argumento foucaultiano en relación con el psicoanálisis pasaría, por el contrario, totalmente por alto tal cuestión –la cuestión de la verdad– para concentrarse, en cambio en la cuestión de la condiciones de producción de la verdad, de la veridicción. Es decir, en el psicoanálisis en cuanto discurso con pretensiones de verdad –pero verdad entendida à la Nietzsche, es decir, como

* El presente texto reproduce las palabras pronunciadas por el autor, con ocasión del lanzamiento del libro de Mauro Basaure, *Foucault y el Psicoanálisis. Gramática de un Malentendido*. El lanzamiento, organizado por el Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales, tuvo lugar el 1° de abril del 2011, y con él se daba inicio a las actividades organizadas a propósito de la visita de Judith Butler a dicha universidad. Agradecemos al profesor Sabrovsky por concedernos este texto.

** Filósofo. Doctor en Filosofía por la Universidad de Valencia, España. Actualmente se desempeña como docente del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales. Es autor de varios libros, tales como *De lo extraordinario: Nominalismo y modernidad* (Santiago: Ediciones UDP/Cuarto Propio, 2001), cuya traducción al francés es de muy reciente aparición (L'Harmattan, Paris 2012) ; y ha editado varios otros, entre los que destacan, *La Técnica en Heidegger* (Santiago: Ediciones UDP, 2006), *La crisis de la experiencia en la era postsubjetiva* (Santiago: Ediciones UDP, 2003). En la actualidad, realiza una investigación (Fondecyt 2011-2013) que intenta vincular soberanía y autoría (a través de las paradojas que ambas figuras conllevan): “El arte de gobernar. Paradojas de la soberanía y de la autoría”.

un modo particularmente persuasivo de retórica— y asociado a un dispositivo, a posiciones y efectos de poder.

Ahora bien, el libro de Mauro Basaure, y aquí abro un debate, se concentra —con notable erudición, no puedo dejar de recalcarlo— en la obra de Foucault. Y, dado que no es posible tenerlo todo en esta vida, es comprensible que no haga lo mismo con Freud. En efecto, en relación con Freud y el freudo-marxismo (la llamada “primera Escuela de Frankfurt”: aclaro que no creo que haya ninguna otra), el libro se ve constreñido a reiterar interpretaciones que, si el olfato no me falla, provienen de la lectura operada sobre Freud y el “freudo-marxismo” por Jürgen Habermas y, más en general, por supuestas segundas o terceras “Escuelas de Frankfurt”. Pero de esta manera, sobre el pensamiento de Freud y sus derivados, y más ampliamente, sobre el “discurso filosófico de la Modernidad” en su conjunto, se podría dejar caer una gramática, que sería la de un malentendido, pero considerado no ya en su condición de genitivo objetivo (donde el malentendido sería el objeto de una gramática), sino de genitivo subjetivo (donde el malentendido sería, por así decirlo, aquello que despliega perversamente la gramática que le es propia).

El malentendido al que aludo se refiere al estatuto epistémico del saber que nos entrega el psicoanálisis freudiano: ¿constituye este un saber positivo (como sin duda con cierta frecuencia el propio Freud lo pretende) capaz de darnos acceso (y cito ahora a Mauro) a “estructuras fundamentales de la existencia humana”; a “verdades de la naturaleza” o a “verdades intrínsecas de un objeto”? ¿O se tratará, más bien, de un relato —un mito, “una poderosa mitología”, al decir de Wittgenstein que, agregó yo, no nos daría acceso a estructura alguna, pre-existente y profunda, del sujeto, sino constituiría más bien una pieza, y no la menor, del dispositivo que nos performa en cuanto sujetos, en cuanto actores al interior del teatro del mundo de la Modernidad?

Pienso que una lectura de algunos textos de Freud avalaría este punto de vista. Me referiré aquí brevemente a dos de ellos: *Moisés y el Monoteísmo* y *Más allá del principio del placer*¹.

En el primero de estos textos, Freud retoma la “hipótesis etnológica” que, basándose en ideas de Atkinson, de Darwin y principalmente de Robertson Smith, había elaborado en *Totem y Tabú*, publicado originalmente en 1912. Más de un cuarto de siglo después, sin embargo, Freud debe reconocer que ese saber etnológico ha sido declarado obsoleto por la comunidad científica. Lo hace con las siguientes, y sugerentes, palabras:

[...] etnólogos más modernos han desestimado de manera casi unánime las tesis de Robertson Smith y postulado en parte otras teorías, por entero divergentes. Tengo para replicar que me son bien

¹ He abordado más ampliamente esta lectura en “Psicoanálisis: el porvenir de una ilusión”, (Sabrovsky, E., 2001, Cap. X).

familiares estos presuntos progresos, pero no he quedado convencido en absoluto ni de la corrección de tales novedades ni de los errores de Robertson Smith. Una contradicción todavía no es una refutación, ni tampoco una novedad es necesariamente un progreso. Pero, sobre todo, yo no soy etnólogo, sino psicoanalista. Tenía el derecho de espigar entre la bibliografía etnológica aquello que pudiera utilizar para el quehacer analítico. Los trabajos del genial Robertson Smith me han proporcionado valiosos contactos con el material psicológico del análisis, anudamientos para su valoración. Con sus oponentes nunca he coincidido. (Freud 1978 23, 127).

“Sobre todo, yo no soy etnólogo, sino psicoanalista”. El peso de la prueba, parece querer decir Freud, le correspondería al psicoanálisis, cuya armazón teórica sería lo suficientemente sólida como para rechazar o mantener en suspensión —“una contradicción todavía no es una refutación”— cualquier “novedad” venida de la etnología. Por cierto, a diferencia de lo que se podría sostener desde un empirismo o falsacionismo ingenuo, esto es precisamente lo que las teorías científicas hacen: ninguna teoría es dejada de lado por ser contradicha por un hecho cualquiera; más bien, el poder de las teorías científicas se mide por su capacidad de negación: de rechazo/reinterpretación de hechos. No obstante, en este caso se trata de un hecho crucial, y ello no solo para una teoría de la cultura de inspiración psicoanalítica que pudiera considerarse como una mera periferia del psicoanálisis. Porque en el psicoanálisis teoría de la cultura y teoría del sujeto, filogénesis y ontogénesis, están estrecha y circularmente anudadas. De hecho, son numerosos los pasajes en los cuales Freud explícitamente recurre a la cuestionable “herencia arcaica” para explicar fenómenos del ámbito de la psiquis individual. En *Moisés y el Monoteísmo*, por ejemplo, nos dice lo siguiente:

Cuando estudiamos la reacción frente a traumas tempranos, con harta frecuencia nos sorprende hallar que no se atienen de manera estricta a lo real y efectivamente vivenciado por sí-mismo, sino que se distancian de esto de una manera que se adecua mucho más al modelo de un suceso filogenético y, en términos universales, sólo en virtud de su influjo se pueden explicar. La conducta del niño neurótico hacia sus progenitores dentro del complejo de Edipo y de castración sobreabunda en tales reacciones que parecen injustificadas para el individuo y sólo se vuelven concebibles filogenéticamente, por la referencia al vivenciar de generaciones anteriores (Freud 1978 23, 95-6).

En síntesis, Freud parece apelar al psicoanálisis, forjado en el estudio de la psiquis individual, para legitimar una interpretación de la cultura que tiene por núcleo el asesinato del proto-padre (y la conservación y transmisión de esa “memoria arcaica”). No obstante, la explicación psicoanalítica de los fenómenos de la vida psíquica del sujeto requiere a su vez, y circularmente, de dicha interpretación. Por su parte, el concepto de una herencia arcaica, conservada y transmitida genéticamente carece —como Freud lo reconoce también en *Moisés y el Monoteísmo*— de base biológica. Al margen de toda evidencia, al filo y en contra incluso de toda cientificidad, entonces, el psicoanálisis freudiano muestra estar bajo una compulsión: la de afirmar que en el origen hubo un asesinato, un trauma. No estamos entonces ante un hecho positivo sino, como bien lo entendió Wittgenstein (1966), ante un mito, una ilusión constitutiva.

“Una tradición fundada sólo en el hecho de ser comunicada no podría testimoniar el carácter compulsivo que corresponde a los fenómenos religiosos. Sería escuchada, juzgada y, llegado el caso, rechazada como cualquier otra noticia que llega desde afuera: nunca alcanzaría el privilegio de librarse de la compulsión del pensar lógico”, escribe Freud en *El porvenir de una ilusión* (Freud 1978 23, 98). Medido por esta vara, el axial relato freudiano del asesinato del proto-padre y la herencia arcaica —no susceptible de ser “rechazado como cualquier noticia que llega desde afuera”— tiene entonces un carácter compulsivo: Freud no se ha podido liberar de la compulsión mítica de su propia imaginaria. Y nosotros, afirmo, tampoco: al principio era el trauma.

“Al principio era el trauma”. En *Más allá del principio del placer*, Freud desarrolla una conjetura que, por razones inherentes a su propio pensamiento, llamó la atención de Walter Benjamin, quien hizo uso de ella en uno de sus escritos sobre la poesía —poesía traumática, se diría— de Baudelaire (“Sobre algunos temas en Baudelaire”). “Llamaremos traumáticas”, dice Freud en *Más allá del principio del placer* “a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección anti estímulo” (Freud 1978 18, 29). Pero tal protección anti estímulo no es sino la misma conciencia. En efecto, y cito a Freud nuevamente, “para un mismo sistema son inconciliables el devenir-consciente y el dejar como secuela una huella mnémica”. Los residuos del recuerdo “los más fuertes y duraderos son los dejados por un proceso que nunca llegó a la conciencia”.

Ahora bien, Freud, y no podría ser de otra manera, habla desde el lugar de la conciencia. No obstante, se trata de una conciencia performativamente contradictoria, que sabe de algo —del trauma, de “las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección anti estímulo”— que su discurso nos dice, sin embargo, que estaría más allá de cualquier saber. Al comenzar el capítulo VI de su libro (“De la verdad del discurso a la verdad del sujeto”), Mauro Basaure detecta en Foucault una contradicción estructuralmente idéntica: se trata de la contradicción en la que quedaría atrapado el pensador

crítico que, al afirmar que no hay verdad, sino más bien veridicción y poder, estaría, o bien pasando de contrabando la verdad de su propio discurso; o bien, como Mauro literalmente escribe, cortando “la rama sobre la cual su crítica se sustenta: una verdad de orden teórico social”.

Pero cortar la rama sobre la cual él mismo se sustenta es precisamente aquello que define al pensamiento crítico de la Modernidad. Este, en efecto, en busca de lo incondicionado (de lo incondicionado de la verdad, de lo incondicionado del propio sujeto), no puede sino volcarse, autorreflexiva, autófagamente, sobre sí mismo, en busca de los condicionamientos que, desde la sombra, estarían trabajando su propio pensamiento. Hasta que al pensador crítico no le queda más que decir “Yo no hablo, soy hablado”. Hablado, escrito, por los condicionamientos que, por una parte, constituyen el horizonte del pensar científico, tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales; condicionamientos que, en última instancia, el pensamiento crítico no puede sino discernir en la propia conciencia, en el propio lenguaje.

No obstante, quien dice “yo no hablo”, de hecho habla: toma la palabra. Y la contradicción performativa que comete, lejos de constituir, como Apel y Habermas por ejemplo lo creen, una auto-refutación de quien la profiere es, precisamente, *performativa*, es decir, *performa*, *instaura*, *instala* al hablante en un lugar de sujeto. Pero este no es ya el lugar del sujeto del enunciado (este, en estricto rigor moderno, no podría sino colapsar bajo la fuerza del cuerpo²; constituir, como lo observé más arriba, un recurso funcional al dispositivo de saber/poder foucaultiano), sino el del sujeto de la enunciación. Sucede como con ciertos personajes de Kafka quienes, en lugar de elevar la torre, excavan “la fosa de Babel”. Lo hacen porque no ignoran —son modernos— que, por decirlo con palabras de Horkheimer y Adorno, “la invocación al sol es idolatría” (1970). Pero excavar cansa. De nuevo entonces, ¿para qué tanta molestia? A no ser que se crea que la fosa puede ser una suerte de trampolín. Entonces sí se trataría de descender, de descender hasta lo más bajo. Para luego ser catapultado a un ámbito en el cual, por un instante, la subjetividad no sea, no haya sido jamás condena.

La historia de la Modernidad sería, desde esta perspectiva, la de la disolución del sujeto, y de la verdad fundada en él. Pero, ¿narrada por quién? Por un sujeto evanescente que se afirma en la negación: que no es ya el sujeto dominante del cual la Modernidad habla a plena luz, sino una suerte de homúnculo de dimensión cero alojado en su interior, que desde la sombra lo

² Aludo a un pasaje del libro de Mauro Basaure (Capítulo III: “Rationalité médicale de classe”) en el cual se lee la siguiente caracterización del pensamiento de Foucault: “Sin avanzar mucho más lejos en el análisis de las consecuencias conceptuales de esta argumentación, se le puede, sin embargo, atribuir a Foucault la tesis de que finalmente —más allá de todo condicionamiento moralmente fundado de la acción— el momento explicativo determinante sería en última instancia la cuestión de la cercanía físico-corporal. El cuerpo es más fuerte; más que el amor, la moral o la cultura.”

niega y lo afirma: lo escribe. "El sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo" (Wittgenstein 1922, 5.632). Este sujeto límite, excluido del "círculo mágico de la existencia" e instalado en un frágil "punto de vista de la redención" (Adorno 1987) sería el "sujeto de la escritura" de la Modernidad: aquel a quien el decir del texto necesariamente excluye, pero que sin embargo se muestra de alguna manera en él.

Es a este nivel, conjeturo, donde Foucault y Freud, pensadores radicales de la Modernidad, se encuentran. Sin malos entendidos.

Bibliografía

Adorno, Theodor W. 1987. "Para terminar". *Minima Moralia*. Joaquín Chamorro M. (trad.). Madrid: Taurus.

Benjamin, Walter. 1972. "Sobre algunos temas en Baudelaire." *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*. Jesús Aguirre (trad.). Madrid: Taurus.

Freud, Sigmund. 1978. *Obras Completas*. José L. Etcheberry (trad.). Buenos Aires: Amorroutu Editores.

Horkheimer, Max; Adorno, Theodor W. 1970. "Para Voltaire". *Dialéctica del Iluminismo*. H. A. Murena (trad.). Buenos Aires: Sur.

Sabrovsky, Eduardo. 2001. *De lo extraordinario. Nominalismo y Modernidad*. Santiago: UDP/Cuarto Propio.

Wittgenstein, Ludwig. 1922. *Tractatus Logico-Philosophicus* C. K. Ogden (trad.). London: Routledge and Kegan Paul.

_____. 1966. *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*. Rush Rhees: ed. Oxford, Blackwell.